



JOSÉ ANTONIO Y LA FALANGE

ADOLFO MUÑOZ ALONSO

José Antonio es el fundador de Falange, de la Falange Española. El título universal de gracia y de desdoro, de vituperio y de excelsitud, de admiración y de repulsa, de seducción y de extrañamiento de su nombre, se cifra en la fundación de la Falange. Por ser su fundador y su jefe fue condenado a muerte y ejecutado el 20 de noviembre de 1936. La Falange Española, sin la sustancia doctrinal y sin la dialéctica política que le imprimiera su fundador, no puede recurrir a la personalidad de José Antonio para mantener izada la bandera, y José Antonio, ausente doctrinal y político de su movimiento y desposeído de la jefatura, no pasaría de ser un pensador intransitivo y un político frustrado. El secuestro doctrinal y político de la Falange en la vida española equivaldría a una profanación de la figura de José Antonio y a una respetuosa inhumación de su personalidad.

Nos esforzaremos en intentar una aproximación a todas las preguntas que suscita un problema tan delicadamente grave.

¿Qué era la Falange en la intencionalidad fundacional de José Antonio? La respuesta correcta nos la ofrecerá la interpretación ortodoxa de los textos, manejados con el rigor que exige una crítica interna.

La Falange surgió, en la mente de José Antonio, como una respuesta enérgica a la solicitud dolorosa de una España en situación dramática. José Antonio no acepta la situación que le es dada como un ingrediente de la perspectiva, sino que organiza su repertorio ideológico y sus normas de actuación desde el promontorio ideal de una axiología, extraña a la realidad sobre la que se dispone a operar. No piensa en una reacción patética, sino en un movimiento poético (1), que se expone, por poético, a la exaltación lírica y a la gasificación política, a la originalidad creadora y a la insidia torturante. La Falange nació, en la mente limpia de su fundador, como un movimiento más ingenuo que ingenioso, más edificante que ortopédico, más racional que empírico, más luminoso e imaginativo que artificioso y maniobrero. No quiere que haya nada en la actuación que no responda a la inspiración de su ideario. Su acción diaria es previsible y adivinable siempre para quienes hayan leído la doctrina que la impulsa. No es un programa de soluciones concretas; es un sentido permanente ante la historia y ante la vida, con respuestas apremiadas por lo concreto y circunstancial (2).

La Falange, en el pensamiento de José Antonio, no es un grupo político al uso, ni mucho menos “un grupo de políticos”. Sí que es un movimiento político de base doctrinal claramente definida, estructuralista, revolucionario,

radicalizado y humanista, con estilo propio. Pero todos estos vocablos son expresión vana o equívoca si no se recrean a la luz del momento en que brota la intuición fundacional y si no se desnudan de los ropajes con que les visten los doctrinarios o los partidos políticos al uso.

Falange, movimiento político, es un movimiento de raíces intelectuales, pero no precisamente “de intelectuales”. Esta distinción es necesario que quede clara. José Antonio, intelectual irrenunciable, aborrece, por serlo, del intelectual como profesión y del intelectual politizante. El comportamiento político de los intelectuales con la dictadura del general Primo de Rivera le había hecho comprender la peligrosidad irresponsable con que el intelectual suele operar en la vida política (3). Lo más frecuente es que el intelectual, que se empeña en categorizar su función intelectual en la anécdota política circunstancial, se incalifique y descalifique como intelectual, es decir, subvierta su naturaleza y su misión. José Antonio acude al magisterio de ORTEGA para abonar su tesis⁴. El pensamiento de José Antonio sobre los “intelectuales” españoles de su época quedó reflejado en un artículo cargado de ironía que data de 1930 (5). Merece la pena una relectura atenta e intencionada del texto del artículo, porque en él se aprecia toda la emoción de José Antonio al evocar la sabiduría, fortaleza y templanza del cultivador auténtico de la inteligencia, frente a la deshumanización cruel y monstruosa con que los “intelectuales” menosprecian a todo lo que esté fuera de la aparente y ensoberbecida soledad de ellos mismos (6). Porque sucede que los intelectuales, solitarios de profesión, fríos, inhospitalarios, insociables también, se congregan en cenáculos para verter los humores almacenados contra todo lo existente durante las horas de reclusión (7), despreciando —ellos sí— cuanto ignoran.

Falange es un movimiento de raigambre intelectual, no un movimiento esponjoso de la masa (8). Más sencillo: es un movimiento de rigor intelectual, de claridad luminosa en las raíces mentales de que brota, y de calor humano en la savia con que se alimenta; y es intelectual porque el motor de los actos futuros y de la conducta que adopta al nacer se inspira en una reconsideración intelectual de ideas y realidades previas a la acción, aceptadas como criterios irrenunciables y como normas supremas (9). Es un movimiento ininteligible como partido político o como grupo de clase o de intereses, no porque no persiga unos intereses determinados y bien concretos, o porque no adopte una organización o ensaye unos medios para conseguir sus fines, sino porque los medios, los intereses y la estructura de la organización obedecen y se subordinan a los fines primarios, que son irrenunciables y supremos. En rigor de verdad, Falange es, en la mentalidad de José Antonio, un antipartido; no porque no tenga que actuar como partido, en lo que los partidos tienen de activismo y formalización organizativa, sino porque no supedita a lealtades partidistas de pactos o de programa las finalidades esenciales supremas que determinan la fundación de Falange como movimiento nacional. Falange nace como un movimiento nacional frente a los partidos, pero —y esto es obvio a la reflexión— cualquier movimiento nacional no posee, por serlo, las virtudes y las exigencias que en la concepción de José Antonio habría de tener la Falange.

Falange Española nace, en el pensamiento de José Antonio, como una transfinalización política. Para José Antonio, el movimiento, tal como él lo concibe, es algo que tiene que nacer. Es una exigencia moral, social, política y religiosa. Su fundación o creación se le presenta como una obligación política que se le transforma y purifica en un deber de conciencia moral. Esa especie de agresividad con que a veces hace su presentación en hechos o en palabras, no constituye una norma programática de partido, sino que responde a un imperativo de responsabilidad y de fe en las verdades que trascienden el área de lo político. Es el lenguaje de la autenticidad ante la profanación de lo sagrado. La estampa evangélica del látigo en las espaldas y sobre las mesas de los mercaderes del templo puede servir para ilustrar el alcance de la actitud.

José Antonio entiende que se han subvertido los valores y las verdades más altas que rigen el orden moral. A esta subversión —enunciada teóricamente por Rousseau— ha contribuido el estado liberal y el sistema democrático (10). El socialismo, reacción justa y obligada frente a las consecuencias sociales y políticas, inhumanas, del estado liberal y del sistema democrático, se estructura más tarde desde bases marxistas, adoptando una filosofía y estableciendo un sistema categorial inspirado en el materialismo dialéctico de la historia (11) con un dogma político: el de la lucha de clases. En España la situación era pavorosa, ya que toda ella, en el orden económico y en el social, en el moral y en el religioso, se presentaba como un campo de aplicación de las ideologías y de los sistemas, sin que al pueblo español, a los maravillosos pueblos de España y a sus gentes, les quedara otro remedio u otra voz que la de su desamparo y de su rabia contenida. De 1812 al 14 de abril de 1931 (con el paréntesis de 1923 a 1930) España es un triste remedo de sí misma y una colonia internacional. No juzgamos las causas; nos atenemos a la política de resultados. No hay monografía

histórica que no registre la situación, aunque la responsabilidad se reparta con desigualdad crítica (12).

La Falange, en la conciencia moral y política de José Antonio, es una síntesis superadora de las motivaciones espirituales de los partidos de derecha y de las exigencias sociales y económicas de los partidos de izquierda, mediante un proceso integrador de todos los españoles por el hecho de serlo, sin que en la dialéctica integradora importe para nada el momento de su eventual filiación partidista.

Una enunciación, hoy tan teóricamente obvia, resultaba en 1933 escandalosa y bélica. Porque algunos hombres de la derecha no estaban dispuestos a reconocer las últimas consecuencias de unas exigencias sociales presentadas por las izquierdas, y los de la izquierda, entonces, cifraban en las motivaciones espirituales de la derecha la resistencia que oponían a una transformación económica radical. La religión, como escudo de egoísmos o alivio de miopías, exasperaba a las izquierdas, y la igualdad económica y social, como catapulta demagógica contra los valores espirituales, inquietaba a las derechas, sin que ni izquierdas ni derechas acertaran a concertar el diálogo desde una base comunal elemental y humana. Las izquierdas y las derechas, como partidos, se desentendían del clamor histórico de España y de su pretensión comunera como constante popular; eso que hoy se denomina comunicación cristiana de bienes y que, al ser menospreciada, se resuelve en anarquismo humanista y, cegada, se pervierte en anarquía devastadora.

José Antonio encuentra en la Patria la síntesis trascendente, la suprema realidad, el vínculo de unidad, la unidad de destino, la finalidad integradora, la condición determinante de la acción política y de sus motivaciones (13). Aunque José Antonio estrene y vista su mejor estilo y sus mejores galas cuando el tema es la Patria, no es este aspecto teórico el que nos preocupa. Lo fundamental reside en su idea de Patria como la realidad primaria e irrevocable a la que han de plegarse los intereses de partido o de grupo y a la que han de acomodarse y sujetarse idearios y programas, estructuras y organizaciones.

Falange surge como una afirmación de los españoles en el servicio a la Patria, siempre que la Patria sea considerada como una realidad antepredicativa en la que todos los españoles —si la Patria es España— están integrados, sin que el pensamiento, la religión, las opiniones individuales, desacrediten su pertenencia. Esta idea de Patria es la que consiente una dinámica socio-política de la que nadie puede quedar excluido, como si fuera un miembro muerto, y es la que exige unas determinaciones previas que no pueden estar a merced de individualismos o de desmembraciones patricidas. En la concepción de José Antonio, Falange guardaría a los españoles —sin ulterior recurso divino— para que una de las dos Españas no les helara el corazón al nacer, ya que la dicotomía nacional es practicada por los partidos en función de una intransigente y exclusiva interpretación del ser de España y de su futurición. Ni España como “problema” metafísico, ni España sin problema histórico —dos formas aberrantes de problematicismo—, sino España como síntesis trascendente y como unidad de destino en lo universal (14), como entraña y estilo (15), como cumplidora de un gran destino en el mundo, y porque puede y debe seguir cumpliéndolo (16).

Falange nace como una reafirmación de España frente a la barbarie que se nos echa encima (17). La convocatoria adquiere tonos estremecedores y proféticos que, en su día, no sonaron a metal retórico. Por mucho que sea el lirismo que aprecian algunos, hoy, en las frases de José Antonio, o por excesivo que pueda parecer, hoy, su patetismo, lo cierto es que, en su día —1933, 1935—, España como razón suprema de Falange, suponía una toma de posición-límite de actitudes y de voluntades (18). España, señora que no debe morir, es, en el pensamiento de José Antonio, algo profundamente delicado y difícil que encontrará la justificación de su historia en su capacidad de futuro ante un mundo en ruina moral, amenazado por la barbarie y sitiado por la insensibilidad. La Falange es empeño vano —y lo seguirá siendo— para quienes, con ironía corrosiva o con tosca falsificación, no otorguen a la existencia dignidades de servicio colectivo o consideren a la Patria, a España, como una alienación de la libertad o de la personalidad humanas.

En rigor, España, como Patria, no es sólo una *norma* programática de Falange, sino el suelo espiritual en que se asienta. Es el alfabeto para su ortografía y para su sintaxis política. No es asunto de opinión, es argumento de fe y de creencia (19). La nota distintiva de Falange, como movimiento frente al separatismo, no hay que buscarla en razones políticas o sociales o económicas, sino en lo que el separatismo presenta de desmembrador de España y de entorpecedor de su destino histórico. Falange, en la mentalidad fundacional de José Antonio, no sólo acepta, sino que proclama y defiende los hechos diferenciales de la riquísima y múltiple variedad española en el seno de la unidad de España.

En José Antonio, la unidad de España es un trascendental de su ser; la variedad, una de sus riquezas y manifestaciones. Falange, en el pensamiento de José Antonio, reconoce la individualidad de las regiones españolas; individualidad con características peculiares; individualidad que, en algunas regiones, goza de lengua propia y conserva

rasgos indelebles de una raza configuradora y en otras se enriquece con un acervo de costumbres que las tipifica. Falange, en el pensamiento de José Antonio, reconoce la posibilidad de una pluralidad legislativa, en atención a la variedad de sus características. Falange, en el pensamiento de José Antonio, reconoce la posibilidad real de una autonomía regional, de modo que cada región organice su vida interna (20).

Pero Falange, en el pensamiento de José Antonio, justifica su existencia, entre otras razones dogmáticas, en la de la unidad de España como destino común a todas sus regiones. La estructura de España no es un asunto de configuración mental o conceptual, sino de reconocimiento de la variedad de sus regiones con características propias; pero España no es una estructura,

sino un sentido (21); no es simple naturaleza, es historia (22); no es una raza o un conglomerado de razas o de características raciales, es una creación finalista (23); no es una lengua o unas lenguas, sino un idioma que trasciende y unifica los distintos lenguajes (24); no es meramente el atractivo del pedazo de tierra donde nacimos, ni la emoción directa y sentimental que sentimos todos en la proximidad de nuestro terruño, no es la fisonomía topográfica, es misión en la Historia (25); no es sus tierras o sus hombres, es el conjunto de sus tierras y de sus hombres, distintos, pero inseparables en el quehacer comunitario (26); no se define por la forma constitucional del Estado, sino que es el Estado y su forma constitucional el que, por definición y esencia, ha de salvaguardar la unidad de los hombres y de las tierras (27); no clava sus puntales en lo *sensible*, sino en lo *intelectual*; el secreto de la Patria —el misterio transparente de España— no se esconde bajo los hongos de cada aldea, ni se reduce a los sabores y colores locales, sino que los incorpora y trasciende para que no se disuelvan o marchiten al soplo del cierzo sin amor (28). España es la configuración de una empresa colectiva, con un destino común, con sustantividad propia e irrevocable; es una *fundación* irrenunciable y no un contrato rescindible (29). Las regiones, como las dimensiones o los *proprios* de la metafísica del ser, mantienen su consistencia en virtud de la sustancia en que se entrañan. La distinción política y la autonomía administrativa, la mayoría de edad de una región “se nota, cabalmente, en lo *contrario* de la afirmación de la personalidad propia. Una región es mayor de edad *cuando ha adquirido tan fuertemente la conciencia de su* unidad de destino en la patria común —es José Antonio el que subraya—, que esa unidad ya no corre ningún riesgo por el hecho de que se aflojen las ligaduras administrativas” (30). España no tiene partes; España tiene miembros.

Un régimen que en 1969 siente cómo se le disuelve entre las manos la fe en una empresa colectiva, y ha de concentrar sus esfuerzos y reducir sus misiones a la represión policiaca de una minoría separatista con vocación criminal, no puede personalizar en los sublevados todo el peso de la responsabilidad, sino que habrá de reconsiderar la escasa imaginación política y la excesiva indolencia con que ha tratado durante seis lustros de abierta franquía el problema real, vivo y entrañable de las regiones españolas.

Falange, en la concepción de José Antonio, es un movimiento radicalizado en la persona humana. No es socialista frente al personalismo, sino personalista frente al individualismo. Es, en lenguaje moderno, un personalismo social, o si se prefiere un socialismo personalista, es un humanismo personalista. La abolición de los partidos políticos, que constituye una de las decisiones resueltas en su ideario (31), no obedece a una reorganización de la participación política, en la que los partidos desaparezcan de la mecánica electoral, de la actividad parlamentaria o de la representatividad social, sino que está fundamentada en la artificiosidad innecesaria de los mismos y en su perniciosidad como instrumento, cuando la sociedad política se estructura sobre otras bases más originarias y humanas que las aceptadas por el estado liberal y por el sistema mal llamado democrático.

Conviene algunas precisiones sobre el tema. Falange no arremete contra los partidos políticos como instrumentos del estado liberal, capitalista o democrático. Hasta me atrevería a decir que Falange considera esta instrumentación partitocrática como la más idónea para la continuidad y el reforzamiento de esa clase de estados o de regímenes. Lo que la Falange no admite es la bondad del estado liberal, capitalista o democrático para la transformación de la sociedad, para el establecimiento de la justicia social y para la detención de las invasiones, sigilosas e insolentes, de los bárbaros. Esta es la razón que explica la perplejidad de los partidarios del estado liberal, capitalista o democrático, ante la doctrina falangista sobre la abolición implacable del sistema de los partidos políticos con todas sus consecuencias: sufragio inorgánico, representación por bandos en lucha y Parlamento del tipo conocido (32). Falange no encuentra en el camino ascendente que va del individuo a la sociedad civil, organizada jurídicamente, plaza para los partidos políticos. Se olvida con frecuencia que “los partidos políticos, tal como los configuramos hoy, ahondan sus orígenes concretos en el período de la Revolución francesa” (33), y que —como sigue escribiendo Leoni— precisamente de los

acontecimientos que brotaron de este fenómeno proceden situaciones que interesan de cerca a la cuestión de los partidos políticos en los países europeos. Es un dislate histórico encontrar huellas de organismos definibles como partidos políticos, en épocas anteriores. Los partidarios de los partidos políticos comulgan, a ciencia e ignorancia, con las formas políticas horneadas por la Revolución francesa.

Falange supone, pues, un intento —al menos en el pensamiento de su fundador— de reestructurar la sociedad española en base a las unidades naturales de convivencia, para que, en forma alguna, el hombre, la familia, el municipio, la comunidad laboral de personas, se vean falsificados en el desarrollo orgánico de sus fines y de su autenticidad humana. El Estado no surge, en la mentalidad de José Antonio, como una superestructura artificial desde la que pueda organizarse un sistema instrumental que menoscabe las estructuras básicas, y que pasarían a ser consideradas infraestructuras burguesas —como ha señalado el marxismo—, sino que el Estado es un servidor, defensor y afianzador de las propias estructuras básicas que le conforman y legitiman. En el pensamiento de José Antonio, el Estado liberal, capitalista o democrático, que encuentra en los partidos políticos la razón de su existencia y configuración, queda sometido y esclavizado por ellos, con detrimento de las misiones esenciales e irrenunciables que le competen como estructura jurídica de la sociedad civil, en la que los partidos no constituyen momento alguno de su estructura real y natural.

Falange, en la concepción moral y política de José Antonio, representa y comporta una actitud revolucionaria. Sobre esta representación y este comportamiento no caben dudas razonables. Sólo que esta pretensión revolucionaria de la Falange presenta dos características netamente diferenciadas de una única revolución integral: revolución situacional y revolución estructural.

La revolución situacional que José Antonio encomienda a Falange tiene su origen en la defraudación, escamoteo, esterilidad y frustración de la promesa revolucionaria del 14 de abril de 1931. El 14 de abril de 1931 es la ocasión que señala la aparición de Falange Española. El movimiento —Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, de Ramiro Ledesma Ramos; Junta Castellana de Actuación Hispánica, de Onésimo Redondo Ortega, y Falange Española, irremisiblemente fundidos desde el 4 de marzo de 1934— empalma con la revolución del 14 de abril (34). Falange Española, en el propósito de José Antonio, toma a su cargo la revolución que no supo consumir la II República española, proclamada el 14 de abril de 1931 (35).

Falange Española es un movimiento político que se presta a una interpretación derechoide o a un revolucionarismo anarquizante si no se tiene la honradez política de empalmarlo con la proclamación de la II República española, expresamente declarado por Onésimo Redondo y por José Antonio el 19 de mayo de 1935 (36), y por Ramiro Ledesma en las mismas fechas (37).

Dos significaciones originarias alcanza en su simbolismo la fecha del 14 de abril: la caída de su sitio del simulacro de una monarquía, simulacro sin sustancia, monarquía sin poder, cascara muerta, sin capacidad de futuro, desprendida del árbol fecundo de la historia de España, fenecida gloriosamente como institución, irrecobrable, como son irrecobrables las cosas que han cumplido en la vida el ciclo de su edad, por miles que sean los motivos sentimentales de afecto, de emoción o de respeto (38), y el reencuentro del pueblo español con la vieja nostalgia de su revolución pendiente, revolución necesaria, largamente anhelada, y que se resume en la devolución de un espíritu nacional colectivo y en la implantación de una base material, humana, de convivencia entre los españoles (39). Falange Española acepta la promesa, si ímpetu y la geometría del 14 de abril como conclusión de un capítulo de la historia patria y como instante propicio para uno nuevo y grande (40). La II República española llegaba por el amargo camino de la crítica. Frente a esa ruina, a esa decadencia de nuestra España física, el camino de la crítica era el único patriotismo fecundo que Falange compartió con los hombres del 14 de abril.

Falange acomete su revolución situacional no contra la República, sino contra la traición que cometen con España y con su revolución pendiente los hombres oficializados del régimen republicano. Primero, porque resquebrajan la unidad y aflojan la conciencia de la empresa colectiva; segundo, porque se someten a un colonizaje francés en política internacional; tercero, porque desarticulan —o permiten la desarticulación— de las garantías nacionales más fuertes y sanas del país, como es el Ejército; cuarto, porque patrocinan una neutralidad, abierta a cualquier infiltración militar e ideológica subversiva, sin cuidar los resortes defensivos; quinto, porque no han conseguido dismantelar el armatoste capitalista, ni han mancomunado a los hombres del trabajo rural, sino que han tendido a la colectivización proletaria del campo; no han realizado la reforma agraria ni han reformado el servicio crediticio de la Banca. Los políticos oficializados de la II República no sólo no han cumplido con la misión que prometía la llamada revolución del 14 de

abril, sino que han exasperado los odios, exacerbado las divisiones y defraudado las esperanzas del sufrido pueblo español. Tan inoperante y baldía —y a veces hasta cruel— resulta organizar la reacción ante el fraude, por el camino de la apelación a una monarquía caduca e irrecobrable, como alistarse en el grupo del reaccionarismo populista o contrarrevolucionario (41).

La revolución situacional de Falange sustituye a la revolución frustrada por la II República y comparece exigiendo una rendición de cuentas a los que han escamoteado su cumplimiento, sean cuales fueren las razones que aduzcan — espirituales o económicas— para cohonestar la defraudación (42).

La revolución estructural proclamada por Falange Española se cifra en sustituir el Estado destruido por otro (43), en “recoger de en medio de la calle, de entre aquellos que lo tuvieron y abandonaron, y aquellos que no lo quieren recoger, el sentido, el espíritu revolucionario español, que, más tarde o más temprano, por las buenas o por las malas, nos devolverá la comunidad de nuestro destino histórico y la justicia social profunda” (44), implacablemente anticapitalista, pero implacablemente antimarxista (45). La revolución estructural de Falange, en la concepción de José Antonio, empalma con la España exacta, difícil y eterna que esconde la vena de la verdadera tradición española (46). Si se miden con compases de rigor los adjetivos, se apreciará —José Antonio lo anuncia en 1935— la insidia que supone conectar el contenido y la temperatura de la revolución española de Falange con alguna emisión extranjera. Pero esta revolución estructural no consiste en dignificar o ennoblecer las instituciones existentes, sino en rehacer la dignidad del hombre para, sobre ella, rehacer la dignidad de todas las instituciones (47).

Si no fuera porque los vocablos nacen deshilvanados de su trama en los labios de los políticos —¿sólo de los políticos?—, habría que reconocer sin recato que una revolución que basa la transformación radical de las instituciones que, juntas, componen la Patria, en la recreación de la dignidad del hombre, es sencilla y llanamente un empeño radicalmente democrático. Porque la democracia —en su acepción más honda y auténtica— no es una ideología o una cracia del demos, o una fórmula de participación, o un artificio de representatividad, sino un orden político que permite a todos y a cada uno de los ciudadanos asumir, desde el puesto de sus aptitudes, una responsabilidad consciente en el servicio esforzado a la comunidad en que están integrados (48).

La revolución estructural de la Falange, en el pensamiento de José Antonio, aspira a salvar los gérmenes del mundo clásico; las raíces españolas, las larvas de los valores permanentes, en un mundo nuevo que, queramos o no, nos guste o nos repela, se anuncia como inminente, si es que no estamos ya viviéndolo. Falange —y ésta es una de sus originalidades estremecedoras— no sólo no se empeña en cegar fuentes, sino que reconoce el advenimiento de un orden inédito, aliviada la catástrofe del comunismo soviético (49). La clarividencia exige a los hombres de nuestra generación que transformen el orden económico y social vigentes, ya que su mantenimiento no sólo recrudece una injusticia social, sino que presta argumentos a la implantación del sistema soviético. Y a decir verdad, la profecía de José Antonio se cumplió a la letra: “La próxima lucha —habla en 1935, en mayo— no se planteará alrededor de los valores caducados que se llaman derecha e izquierda; se planteará entre el frente asiático, torvo, amenazador, de la revolución rusa, en su traducción española, y el frente nacional de la generación nuestra en línea de combate” (51).

La revolución estructural de Falange tiene un límite histórico: la irreversibilidad, y un límite moral: la insolidaridad con los defraudadores de la revolución pendiente del pueblo español. Acomete una tarea política: devolver la fe en un destino nacional; una tarea social: hermanar a los hombres y a las tierras de España en la empresa común, y una tarea económica: desarticular el capitalismo rural, el bancario y el industrial. A estos fines han de supeditarse los medios que, urgidos y urgentes, estarán siempre justificados ante la injusticia del capitalismo. Los derechos patrimoniales de unos cuantos no pueden ser invocados como razón, cuando de su cancelación está colgando la posibilidad de que hombres, con hambre de siglos y los huesos resecos, puedan alcanzar la íntegra posibilidad de vivir como seres religiosos y humanos (52). Alegar derechos formales, o de residencia, o exaltar libertades ideales, para alimentar con hambre a hambrientos de siglos, anteponiendo intereses materiales o simulando dificultades técnicas, contribuye a legalizar la injusticia moral y la miseria del campo español (53).

Al llegar a este punto, y observando la situación mundial —la de 1936 y la de 1968, España, Hungría, Cuba, Vietnam, Nigeria y Biafra, Checoslovaquia...—, ¿sonará a belicismo o a vituperable no detenerse ante la violencia, si se declara y comprueba como vano e inservible instrumento de comunicación la dialéctica de las razones morales? La revolución estructural de la Falange no aboga por la declamación retórica de un orden nuevo, desde bases improvisadas, sino que exige a los técnicos y a los expertos el servicio a una política de transformación radical de la organización

social y económica, sin que primen otras consideraciones que las de orden esencial humano, rompiendo la concatenación legal de autonomías de intereses en las que, con una perfecta lógica, los hombres quedan esclavizados al sistema que acrecienta los medios de producción y olvida en su miseria a los imposibles consumidores.

José Antonio expuso su doctrina y proclamó sus pretensiones a lo largo de una vida desconsoladoramente breve. Para explicar lo que para él significaba Falange Española nos hemos atendido a un concierto de textos expresivos y solemnes. Pueden multiplicarse los lugares paralelos en la seguridad de que ninguno de los que podrían aducirse mitiga los elegidos o contradice los citados. Pero hay un momento terrible y sagrado de su vida en que José Antonio resume su ideario y agolpa la ilusión de su entrega política, y que no puede ser pasado por alto, ya que uno de los que le escuchan en ese momento es nada menos que el Dios de las conciencias, sólo visible al reo. Me refiero —como ya ha comprendido el lector— al *Testamento* y a las *Respuestas, Conclusiones e Informes* de José Antonio en el proceso de Alicante ante el tribunal popular. Quien comparecía no era el pensador o el político, sino el fundador de Falange Española, y como a fundador y jefe se le juzgaba (54), aunque se simularan otras implicaciones para emitir sentencia capital. José Antonio se debate entre el imperativo de su propia defensa, utilizando los mejores recursos de su carrera de abogado (55), y el deber moral y político de explicar, por última vez, lo que es la Falange. En el *Testamento* —condenado ya a muerte—, José Antonio reconoce expresamente que la explicación ofrecida al tribunal que le juzgaba sobre qué es la Falange, y lo que los fundadores intentaban que fuese, se redujo a un repaso de los viejos textos de la doctrina familiar (56). José Antonio expone, por última vez, lo que es la Falange, sin que en su exposición alienten otras preocupaciones que las de lograr una transparencia verbal y una especie de confesión sacramental ante la muerte.

Falange Española es una entidad, organización, agrupación o asociación que persigue unos fines expresables en dos palabras: nacional y sindicalismo (57). El sindicalismo, como solución a la crisis de nuestra época, provocada por la quiebra inevitable del sistema capitalista (58), lo nacional, como encarnación de unos valores históricos en lo universal, como representación histórica de unos valores universales (59), que es cabalmente lo más opuesto a las pretensiones o ambiciones nacionalistas. Cuando la Falange habla de imperio, éste es el sentido que alcanza el vocablo en la mente del adoptador, Rafael Sánchez Mazas, y es el que conserva en el ideario de Falange (60), y no el de expansionismo territorial, colonialismo político o idolatría de la propia nación.

El sindicalismo de la Falange es una alternativa ante la solución socialista, degenerada en marxismo. Se trata de organizar las unidades orgánicas de los productores para que sean ellas las adjudicatarias de la plusvalía producida por el trabajo humano, en vez de adjudicársela a la colectividad organizada en Estado. Impuesta cualquiera de las dos soluciones, el capitalismo como sistema económico desaparece. Lo que sucede es que la solución socialista —en el orden económico— burocratiza la vida del Estado, enfría la convivencia de las unidades laborales, desestima la importancia psicológica del estímulo en la actividad empresarial, mientras que el sindicalismo no sólo no adolece de estos defectos, sino que devuelve a los trabajadores la alegría del contacto con su mundo y les confía la responsabilidad estimulante en forma directa (61). Falange Española fue, en la mente de José Antonio —también unas horas antes de morir por ella—, un supremo esfuerzo intelectual y físico para que los españoles que aspiran a un orden social más justo no se olviden de que forman con el resto de sus conciudadanos una unidad de destino y los otros, los que ventean y mueven el gallardete de patriotismo, sepan que no basta pasear la bandera de la Patria sin remediar a los que padecen hambre de pan y de dignidad humana (62). Falange Española, en la mente de su fundador, es un movimiento político que aspira a un orden nuevo, en el que derechas e izquierdas transforman lo valioso de sus programas en una síntesis superior que las trascienda, con capacidad de que ese orden nuevo dé origen a un Estado en el que sea el sindicalismo la estructura económica y social, y el sentido espiritual de la vida, y de la historia, el que nos conserve en la esperanza individual.

Falange Española, si se consolidaba en cosa duradera, le permitía esperar a su fundador, urgido por la muerte, que todos percibieran el dolor de que se hubiera vertido tanta sangre. Fundaba su esperanza en que el derramamiento se producía por no haber abierto a Falange Española una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía de otro (63). La originalidad de Falange Española reside en la clarividencia y en la sinceridad con que se enfrentó con el futuro de España y de los españoles en una situación en que todo era posible: la simonía política de unos, el egoísmo capitalista de otros, el apatridismo de algunos y la marxistización de muchos. Un ideario como el de Falange Española, de alta temperatura política y con gracia, estilo y entraña inimitables, que no sólo compromete una manera de pensar, sino que exige una manera de ser, es de presumir que obtenga su refrendo con la muerte de su fundador a trallazos de

balas. Lo que no sabían los jueces era que la muerte de José Antonio retrasaba el proceso revolucionario de la causa que ellos defendían, en lo que tenía de socialmente justa.

La Falange de José Antonio ¿existe? Lo que fue o quiso José Antonio que fuera Falange, ¿ha encontrado en España, en la España estival de 1969 en que escribo, su discurso político o cauce para su corriente? Falange Española ¿se ha consolidado en cosa duradera?

La respuesta no ofrece dificultades ni requiere distingos. Por razones de muy variable apreciación histórica, el Movimiento Nacional que contiene los principios del régimen español y la revolución a nivel de actualidad, no son identificables con el estado nacionalsindicalista. Se pueden encontrar sabias razones para tranquilizar conciencias. Las reduzco a las que da de sí el alfabeto:

- a) el suplicatorio bélico en el que se encontró implicada y complicada Falange Española con otras fuerzas de muy dudoso signo social, y ante el que no resistió, por entender que el triunfo del Alzamiento acaudillado por el general Franco suponía la derrota del marxismo en España;
- b) la discriminación política de la muerte hacia los fundadores de Falange Española y de las JONS;
- c) la torpe fascistización, en expresiones y en maneras, del ideal de Falange Española y de sus formas de comunicación;
- d) la victoria militar aliada de 1945, ante cuya presión ideológica hubieron de ceder los teóricos del Movimiento Nacional;
- e) la destilación de las ideas reaccionarias y contrarrevolucionarias del derechismo español en el cuerpo social de España;
- f) la “époje” de los ideales revolucionarios de Falange Española en la colaboración prestada a la política nacional;
- g) la aceptación de colaboradores en las tareas encomendadas a Falange Española, sin tener asegurado previamente el predominio de las ideas y de la dirección política (64);
- h) la impermeabilidad de los sectores de la oligarquía española ante las exigencias de la justicia social defendidas por Falange Española y asumidas parcialmente por el Movimiento Nacional;
- i) la conversión de la epistemología revolucionaria de la Falange en la doxología coyuntural del Movimiento Nacional;
- j) la impresionante personalidad del general Franco y su capacidad para residenciar fervores revolucionarios en aras de una progresiva continuidad evolutiva que no violentara la convivencia ni alterara el equilibrio de otras fuerzas, efectivas o presuntas, del país;
- k) la distensión política internacional, que aconsejaba la remisión de la temperatura nacionalsindicalista en favor de un compromiso con el liberalismo democrático europeo, inconjugable con el ideario de Falange Española;
- l) el abuso terminológico de expresiones falangistas, flexionadas para designar doctrinas, hechos y actitudes polítins extrañas y aun opuestas a la doctrina nacionalsindicalista;
- m) el pavoroso desconocimiento de la doctrina y del estilo nacionalsindicalista y de su alcance político en muchos de los que, por razones de cargo o ministerio, estaban llamados a servirla;
- n) el sorprendente conocimiento erudito de la doctrina nacionalsindicalista en muchos de los que, por razón de cargo ó ministerio, estaban decididos a endulzarla;
- ñ) la seducción de una política del bienestar, con el fluorescente juego de luces de un crepúsculo de las ideologías y de la clausura de la política;
- o) el asalto generacional educado en una tergiversación del ideal nacionalsindicalista;
- p) la equívocidad política de las organizaciones confesionales, que han rehuido la claridad y distinción de ideas y aspiraciones en el ámbito de su apostolado específico;
- q) la politización del Concilio Vaticano II en plumas deshonestas, conjugando factores heterogéneos;
- r) el influjo de los intelectuales con ansias de dominación política y el de los ególatras de su efectismo académico, desertores de la fe que profesan y realquilan;
- s) el capitalismo financiero e industrial, acrecentado con sutiles concesiones a una cogestión o participación que salvaguarde su sistema;
- t) la lectura de los textos políticos de José Antonio con lentes convergentes;

- u) la interpretación de los textos sociales del Nacionalsindicalismo ojeados con cristales divergentes;
- v) la reanimación nostálgica de monárquicos restauradores de una Monarquía declarada por José Antonio como gloriosamente fenecida;
- x) la falsa creencia de que el nacionalsindicalismo patrocinaba un régimen político dictatorial o autoritario, sin participación y representación del pueblo en el poder;
- y) el matrimonio morganático entre las secciones sociales y económicas de los Sindicatos, en un orden social neocapitalista; y
- z) la deserción de quienes, por ley de conciencia moral, podían ensayarlo todo, menos el perjurio, o sufrirlo todo, menos la erosión de la esperanza.

Falange Española no se ha consolidado en cosa duradera (66). Lo que sí puede asegurarse es que la virtualidad del ideario político de José Antonio no ha quedado aridecida en el paréntesis de una etapa que, ante la gravedad de las circunstancias de orden exterior e interiores, aparece con un signo cronológico de valor histórico positivo incorporado definitivamente a la historia de España.

Los brotes de separatismo desmembrador, el desenfreno del capitalismo, la obnubilación de los valores del espíritu, la contaminación marxista, el aperebimiento institucional, la recaída en el parlamentarismo decadentista, preparan el avènement de una juventud, con intuición histórica, que, al promover el alumbramiento de un orden nuevo entre estallidos de rebeldía, se encontrará con la sorpresa inenarrable de que ha inventado la Falange Española. Y es que parecen como nacidos para José Antonio los versos del poeta de la rosa justa:

*Sólo lo hiciste un momento.
Mas quedaste, como en piedra,
haciéndolo para siempre.*

NOTAS

- (1) José Antonio Obras Completas, págs. 22, 736, 195.
- (2) J.A.O.C., págs. 20, 736, 737.
- (3) V. Sancho Dávila: *José Antonio...*, págs. 35-36.
- (4) J.A.O.C., págs. 501-504.
- (5) *José Antonio Íntimo*, págs. 65-67.
- (6) J.A.I., págs. 66-67.
- (7) J.A.I., pág. 66.
- (8) Cabalmente, la tesis opuesta al “intelectualismo” marxista. V. Althusser: *La revolución teórica...*, págs. 13-22.
- (9) J.A.O.C., pág. 7. “Esta es nuestra Falange; esta mañana, perdicando en campos de Castilla; ahora, contigo en la mesa, hermano Eugenio Montes. Eso es nuestra Falange; la que integra una intelectualidad que vivió sin entraña, perdida en un esteticismo estéril, con una tierra entrañable a la que se quiso privar de toda exigencia de estilo.” J.A.O.C., pág. 713. V. biografía de Luys Santa Marina, verdadera joya literaria *Hacia José Antonio* (Barcelona, 1958).
- (10) J.A.O.C., págs. 17-18.
- (11) J.A.O.C., pág. 19.
- (12) Todos los historiadores, sin excepción, reconocen la postración de España. Como obra documental, con serenidad expositiva, vale por todas la *Historia política...*, de Melchor Fernández Almagro, que alcanza desde la revolución de septiembre (1868), que hizo caer del trono fernandino a Isabel II, hasta el sábado 17 de mayo de 1902, en que jura como rey Alfonso XIII.
- (13) J.A.O.C., *passim*.
- (14) J.A.O.C., págs. 75, 103, 113, 139, 184, 337. “España es algo que se expresa de un modo del que estoy cada vez más satisfecho, porque es una unidad de destino en lo universal.” J.A.O.C., pág. 260.
- (15) J.A.O.C., pág. 713.
- (16) J.A.O.C., pág. 75.

- (17) J.A.O.C., pág. 76.
- (18) J.A.O.C., págs. 20, 76.
- (19) “Nuestro Movimiento es el único movimiento político español donde se ha cuidado intransigentemente de empezar las cosas por el principio. Hemos empezado por preguntarnos qué es España. ¿Quién la vio antes que nonosotros como *unidad de destino*?” J.A.O.C., pág. 736.
- (20) J.A.O.C., págs. 259-260, 60. Stanley Payne reconoce explícitamente el sano y fecundo regionalismo de España aunque “condenaba la separación de toda una región de la soberanía nacional” (*Falange. Historia del fascismo español*, págs. 67-68).
- (21) J.A.O.C., págs. 421-422.
- (22) J.A.O.C., pág. 24.
- (23) J.A.O.C., págs. 260, 409, 411, 84, 344.
- (24) J.A.O.C., págs. 409, 260, 344.
- (25) J.A.O.C., págs. 184, 24, 344.
- (26) J.A.O.C., págs. 186.
- (27) J.A.O.C., págs. 183, 343-344, 337-338.
- (28) J.A.O.C., pág. 408.
- (29) J.A.O.C., pág. 412.
- (30) J.A.O.C., págs. 412-413. La Patria como suprema realidad y como criterio primario de valoración de actitudes políticas es, en José Antonio, patrimonio familiar. El general Primo de Rivera había dicho el 12 de febrero de 1936, en el Teatro Olimpia de Barcelona: “Nada de convencionalismos. Podemos transigir con los republicanos, hasta con los anarquistas; pero de ninguna manera transigiremos con los que velada o abiertamente, laboran contra la integridad de la Patria”. (R. Tarduchy: *Psicología del Dictador*, pág. 279).
- (31) J.A.O.C., págs. 20, 59, 338, 346 y *passim*.
- (32) J.A.O.C., pág. 338.
- (33) F. Leoni: *Historia de los partidos políticos*, pág. 6.
- (34) J.A.O.C., pág. 55.
- (35) La frustración comienza en el artículo 1º de la Constitución, al eludirse la expresión *Nación española*, bajo la influencia de la problemática existencia de alguna *nación regional*. (V. Nicolás Pérez Serrano: *La Constitución española*, págs. 48-50). El hecho fue denunciado por Menéndez Pidal, y fue favorecido por la presión oratoria de Mariano Ruiz-Funes y José María Gil Robles, que actuaron como miembros de la Comisión.
- (36) J.A.O.C., pág. 55.
- (37) Ramiro Ledesma Ramos: *Discurso a las juventudes de España*, 1938, 2ª ed., págs. 6 y 8.
- (38) J.A.O.C., págs. 61-62, 558.
- (39) J.A.O.C., pág. 56.
- (40) J.A.O.C., pág. 56. Mancisidor: *Frente a frente*, pág. 57.
- (41) J.A.O.C., pág. 63.
- (42) J.A.O.C., págs. 63-64.
- (43) J.A.O.C., pág. 558.
- (44) J.A.O.C., pág. 63.
- (45) J.A.O.C., pág. 63.
- (46) J.A.O.C., pág. 63.
- (47) J.A.O.C., pág. 63.
- (48) La palabra *democracia* es inasible conceptualmente; es un vocablo aquejado de leucemia, hasta el punto de que en sus formas discurren desde la forma liberal hasta la autoritaria y tiránica, desde la parlamentaria pluripartidista hasta la “popular” soviética (V. Paul Jeanselme: *La Democratie*, págs. 17-107 y 382-435). José Antonio se declara expresamente demócrata en el *proceso* de Alicante, pero matizando con precisiones el sentido (Mancisidor: *Frente a frente*, pág. 58). Se considera demócrata en oposición a dictatorial, a autoritario y a militarista como regímenes estables de gobierno.
- (49) J.A.O.C., pág. 69.
- (50) J.A.O.C., pág. 69.

(51) J.A.O.C., pág. 71.

(52) J.A.O.C., pág. 74.

(53) J.A.O.C., págs. 74-75.

(54) José Antonio asumió su responsabilidad durante todo el proceso como jefe nacional de Falange Española de las JONS, aunque el tribunal —fiscal, jurado, testigos y presidente— se empeñara en juzgarle como promotor y coadyuvante en el delito de rebelión militar, que era el único camino transitable para dictar sentencia de muerte (Mancisidor: *Frente a frente*, págs. 163-164).

(55) J.A.O.C., pág. 772.

(56) J.A.O.C., pág. 771.

(57) Mancisidor: *Frente a frente*, pág. 194.

(58) Mancisidor: *Frente a frente*, pág. 60.

(59) Mancisidor: *Frente a frente*, pág. 61. A la pregunta del *jurado* de cómo justifica que habiendo una Confederación Nacional del Trabajo de un puro federalismo el acusado organice el Sindicalismo, José Antonio responde: “Precisamente en la nota de nacional. Tenemos un cierto valor histórico que es lo nacional, casi todo un contenido social, religioso, que habrá que conservar. Por eso somos nacional-sindicalistas y no sindicalistas sólomente”. (Mancisidor: *Frente a frente*, pág. 80). Las coincidencias de Falange española con un sector de los confederados está fuera de duda.

(60) Mancisidor: *Frente a frente*, págs. 61, 303.

(61) Mancisidor: *Frente a frente*, pág. 60.

(62) Mancisidor: *Frente a frente*, pág. 194.

(63) J.A.O.C., págs. 771-772.

(64) El Punto 27 de Falange Española de las JONS exigía: Pactaremos muy poco. Sólo en el empuje final, por la conquista del Estado, gestionará el mando las colaboraciones necesarias, siempre que esté asegurado nuestro predominio”.

(65) No se ha consolidado en *cosa* duradera, pero ha calado tan hondo en la conciencia del pueblo que Miguel Primo de Rivera y Urquijo ha podido escribir con verdad no inspirada por el calor de la sangre, sino exigida por la auscultación sociológica, que “la Falange, el espíritu de José Antonio, la levadura de las verdades fundacionales, está en el pueblo, está en la conciencia popular, ha calado en el subsuelo social de España de una manera profunda y estremecedora” (*Palabras...*, pág. 9). La gasificación de la Falange es una comprobación jurídica que pugna con la compenetración exigencial de su ideario en el sufrido y paciente pueblo español. Lo cual —dicho sea de paso— es una de las pruebas más convincentes de su perdurabilidad en la conciencia y en la reviviscencia política. Y es que —como ha escrito G. Volpe— “lo esencial es que el espíritu de la Falange se transfunda a las nuevas generaciones y las incite hacia la obra bien hecha”. (En la “Advertencia” a *La Rivoluziones proibita*, de B. Nellessen, pág. 111).

[Capítulo del libro *Un pensador para un pueblo*, de Adolfo Muñoz Alonso, Eds. Almena, Madrid, 1969, págs. 387-410]

